

Cadenas

Camino la isla, devenida ciudad, pueblo, berenjenal, cochiguera, calles sin semáforos, canales de aguas albañales, placas de hormigón sobre las esquinas, escombros sobre las esquinas, perros flacos y sarnosos en las esquinas buscando, entre los escombros y la basura, que ya por desidia se tira ahí mismo, algo de comer, algo para resistir el embate de siete cachorros, naciendo como si el mundo fuera un gran lugar para nacer. Algo por lo que pelean en las madrugadas ratas, gatos, perros y águilas necrófagas, que se comen lo que encuentren, esté vivo o muerto.

Los postes están doblados como juncos por el viento, unos se resisten a la caída, tal como hacen los juncos. Otros franquean las magras calles por las cuales el gobierno no se ha tomado el trabajo de pasar a recoger los destrozos de un huracán de hace varios meses. Cuánto han de llenarse la bolsa estos políticos que no les alcanza ni para reponer los semáforos. Los peatones nos lanzamos en carrera suicida en cada esquina donde aún está la cebrera que nadie respeta y donde una vez hubo luces rojas, verdes y amarillas, ordenando a las almas desordenadas sobre sus rutas y veredas con palmas sin penachos, edificios sin balcones, rascacielos sin cielos, aceras por las que SinRemedios camina hacia el mar, buscando aire puro.

Las sierras chirrían, los martillos neumáticos taladran, los hombres se gritan unos a otros, como si algo invisible impidiera que se escucharan a pesar de estar a distancias registrables en centímetros. Todos los ruidos son truenos. Los truenos son música. Huyo del escándalo hogareño,

pero debo atravesar aún el escándalo ajeno, uno que ni siquiera me pertenece, no es mío, no parece ser de nadie, simplemente de Cadenas. Voy enclaustrada en este silencio perpetuo. No se me ocurre nada que pueda decirle a nadie. No canto, como hacen las señoras de las tortillas, ni vocifero en medio de los callejones, como hacen los niños. No ladro como los perros ni chillo como las gaviotas. No veo más que la podredumbre, el desastre, la abolición de humanidades constantes, de mi propia deshumanizada existencia.

Llego al mar. Sale el sol. Los correcaminos apresuran las multitudinarias patitas sobre la espuma, van cuando la ola regresa, vuelven aprisa delante de ella. Una bahía rodeada de montañas, con viejos y miserables barcos pesqueros y algún millonario en yate, buscando redención sin hacer nada para merecerla, más que aislarse en la isla, las playas y la ciudad, destruidas para siempre por huracanes memorables y recurrentes, luchando perpetuamente por recomponerse a sí mismas.

Una isla excesivamente tropical, de ocasos desesperados, donde las gaviotas plateadas atiborran la arena dorada. Orillas plagadas de lanchas cocidas, ansiosas de sacar unos pesos de los bolsillos extranjeros. Lanchas sobre las que descansan los cuerpos de los pelícanos con espinazos de pescados atravesados en el cuello, que volarán hasta el boquete de mar abierto cuando intuyan que son, por ejemplo, las 5 de la mañana, y llegarán los pescadores con ricos manjares para compartir con sus picos hambrientos. Pelícanos domésticos de las orillas de una playa solitaria en invierno y harta en verano de inescrupulosas multitudes.

Una isla que soy y que, temí toda la vida, solo dejaré de ser con la misma muerte con que dejaría de ser un fenómeno sin patrimonios ni rehabilitación.

Los correcaminos huyen de la espuma de mis márgenes, como yo, aunque no puedan, porque de esa misma orilla se alimentan. El ojo negro avisa, despierto, por si algo salta, ellos pican. El otro ojo me vigila, aunque me ha visto caminar por allí toda sus vidas, que serán más largas que la mía. Cada suplicio tiene su tiempo. El mío es imperecedero.

Me duelen la espalda y los pezones. La espalda desde la última vértebra hasta la primera. Deshecha la columna por horas de lecturas impenitentes que salven a la que no tiene remedio de este infierno que es la isla al mediodía. Treinta y ocho grados de mar derritiendo cantidades de tiempo.

El aplastante sol sobre la gorra blanca, único regalo de mi madre, a los diez años, porque le pareció más económico darme eso que un buen bloqueador solar para proteger la piel. La gorra queda chica sobre la cabeza crecida. Me duelen los pezones porque he aprendido a masturbarme y a hacerme daño pensando en hombres que nunca existirán en mi vida. Hombres que no asoman jamás en esta isla de machos muy machos, que pescan y sacan erizos con ganchos de las rocas en los crepúsculos, perdiéndose toda la belleza de los crepúsculos.

Hombres de miembros grandes, duros, de cuerpos gráciles, que me tocan esta humedad insaciable que me sale del coño y moja todo, las bragas, las toallas en la playa, la cama. De dónde vendrá tanto fluido denso, que se incrusta pegajoso sobre el colchón, para luego tener que